

jacion de la disciplina, y aniquilándose al mismo tiempo con tantas guerras intestinas.

En medio de tantos desórdenes, decae el temor y la magestad del nombre romano. Los partos, vencidos muchas veces, hácense temibles por el lado del Oriente bajo el antiguo nombre de persas que vuelven á tomar. Las naciones septentrionales, que habitaban en tierras frias é incultas, atraidas por la belleza y por la riqueza de las del imperio, acometen é intentan entrar por todas partes.

No basta ya un solo hombre para sostener la pesada carga de un imperio tan vasto y tan fuertemente atacado.

La prodigiosa multitud de guerras y el carácter de los soldados, que querian ver á su cabeza emperadores y Césares, obliga á multiplicarlos.

Siendo mirado el imperio como un patrimonio hereditario, multiplicanse naturalmente los emperadores por el número de los hijos de los príncipes.

Marco Aurelio asocia á su hermano al imperio. Severo hace á sus dos hijos emperadores. La multiplicidad de los negocios obliga á Diocleciano á dividir el Oriente y el Occidente entre él y Maximiano: para aliviarse cada uno de éstos del sobrecargo que pesaba sobre ellos, eligen dos Césares.

Con esta multitud de emperadores y de Cé-

sares, el Estado es abrumado con gastos escesivos; desúnese el cuerpo del imperio y multiplicanse las guerras civiles.

Constantino, hijo del emperador Constantino Cloro, divide el imperio entre sus hijos como si fuese una herencia: la posteridad sigue estos ejemplos, y ya no se vió casi nunca un emperador solo.

La molicie de Honorio y de Valentiniano III, emperadores de Occidente, dan lugar á que todo perezca.

La Italia y Roma son saqueadas diferentes veces, y vienen á ser presa de los bárbaros.

Todo el Occidente es abandonado. El Africa es ocupada por los vándalos, la España por los visogodos, la Italia por los francos, la Gran Bretaña por los sajones, Roma y la Italia por los hérulos, y despues por los ostrogodos. Los emperadores romanos se encierran en Oriente, y abandonan todo lo demas, incluso Roma y la Italia.

El imperio se reparó algun tanto de sus pérdidas en tiempo de Justiniano, lo que fue debido al valor de Belisario y de Narses. Roma tomada por diferentes veces, abandonada, y vuelta á tomar, quedó en fin, en poder de los emperadores; mas habiéndose hecho poderosos los sarracenos por la division de sus vecinos, y por el abandono é incuria de los emperadores, se apoderaron de la mayor parte del Oriente, y

fue tanto lo que por aquel lado los atormentaron, que se vieron obligados á no pensar mas en la Italia. Los lombardos ocuparon las mas hermosas y ricas provincias. Roma, reducida al último extremo por sus continuas empresas, y abandonada por los emperadores y sin defensa, vióse obligada á arrojarse entre los brazos de los franceses. Pepino, rey de Francia, pasa los Montes y somete á los lombardos. Carlo-Magno, luego que les desposeyó de su dominacion, hízose coronar rey de Italia, en la que solo su moderacion hízole conservar algunos pequeños restos para los sucesores de los Césares; y en el año 800 de nuestro Señor, elegido emperador por los romanos, fundó el nuevo imperio.

Ahora es fácil conocer las causas de la grandeza y de la decadencia de Roma.

Hemos visto que constituyéndose Roma bajo el pie de vivir haciendo la guerra, naturalmente empezó por atacar á sus vecinos, y de uno en otro, acabó por estender su dominacion sobre todo el universo, en razon de que, siendo tal su constitucion, nõ se limitó solo á perfeccionarse en el arte militar, sino que llevó hasta el mas alto grado la política.

Hemos visto tambien que las causas que produjeron las divisiones en la república, y las que trajeron al fin su ruina, fueron los celos de sus ciudadanos y el amor á la libertad llevado hasta un extremo y una delicadeza insoportables.

No debe costar gran dificultad distinguir ahora todos los tiempos de Roma, ya se la considere á ella sola ó en sí, ó ya que se la mire con referencia ó relacion á los demas pueblos; y deben verse claramente las variaciones y mudanzas que debian sobrevenir atendido el estado de los negocios en cada tiempo.

Considerada Roma por sí sola, vímosla en un principio constituida en un estado monárquico establecido con arreglo á las leyes primitivas; despues vímosla pasar al estado de libertad, volviendo por último á someterse otra vez por la fuerza y la violencia al gobierno monárquico.

Fácil es concebir de qué manera se formó el estado popular, á consecuencia de las semillas que existian ya desde los tiempos de la monarquía, y que fueron germinando poco á poco; y no se ve con menor claridad cómo en el estado de libertad fuéronse echando insensiblemente los fundamentos de la nueva monarquía.

Porque del mismo modo que hemos visto bosquejado en la monarquía el gobierno republicano por Servio Tulio, que fue quien inspiró el primer gusto de la libertad al pueblo romano, hemos observado tambien que la tiranía de Sila, aunque corta y pasagera, hizo ver que Roma, á pesar de su orgullosa independenciam, era tan capaz de sufrir el yugo como los pueblos á quienes ella habia esclavizado.

Para conocer lo que suscitó sucesivamente los celos entre los órdenes, no hay mas que distinguir los dos tiempos que espresamente he señalado: uno, aquel en que el pueblo se hallaba retenido en ciertos límites por los peligros que le amenazaban por todos lados: otro, aquel en que, no teniendo nada que temer por la parte exterior, se entregó enteramente á su pasión.

El carácter esencial de cada uno de estos dos tiempos es que en el uno, eran retenidos por el amor á la patria y á las leyes; y en el otro, todo se decidía por el interés y por la fuerza.

De aquello se seguía tambien que en el primer tiempo, los hombres que tenían autoridad y que aspiraban á los honores por los medios legítimos, tenían á los soldados refrenados por la disciplina y por el amor á la república; en lugar de que, en el segundo tiempo, en que la violencia triunfaba de todo, no trataban mas que de contemporizar con ellos para hacerles de su partido, contribuyendo á su triunfo sobre la autoridad del senado.

Por este último estado en Roma se estaba en una perpétua guerra, y por el genio de la guerra el mando venia á recaer naturalmente entre las manos de un solo gefe; y como en la guerra, en que las leyes nada pueden, solo la fuerza lo decide todo, por necesidad habia de recaer el mando en el mas fuerte; y por consiguiente era

forzoso que el imperio volviese á la autoridad de uno solo.

Como las cosas se disponian alli de tal modo por sí mismas, Polybio, que vivió en el tiempo mas floreciente de la república, previó ya desde entonces, observando el giro que llevaban los negocios, que la república romana á la larga volveria á constituirse en monarquía.

La razon de esta mudanza se ve en que la division entre los dos órdenes no podia cesar entre los romanos sino por la autoridad de un soberano absoluto, cuando por otra parte se veia que era demasiado amada la libertad para que se renunciase á ella voluntariamente. Era necesario, pues, ir la debilitando poco á poco, valiéndose de especiosos pretextos, y preparando por este medio la ocasion oportuna de arruinarla á cara descubierta.

Segun Aristóteles, el engaño debia empezar lisonjeando al pueblo, y á las lisonjas debia naturalmente seguirse la violencia.

Pero de este debia caerse en otro inconveniente, por el poder de los militares; mal inevitable en este estado.

En efecto, esta monarquía formada por los Césares, habiéndose erigido por la fuerza de las armas, necesario era que fuese toda militar; razon por la que se estableció tomando el soberano el nombre de emperador, título propio y natural del mando en gefe de los ejércitos.

Tambien ha podido observarse que asi como la república tenia su flanco inevitable, cual era los celos entre el pueblo y el senado, la monarquía de los Césares tenia tambien el suyo, que era la licencia de los soldados que la habian formado. Porque no era posible que los soldados, que habian trastornado el gobierno y establecido los emperadores, pudiesen permanecer mucho tiempo sin descubrir que eran ellos los que en efecto podian disponer de la suerte del imperio.

Ahora puede añadirse á los tiempos que acabamos de observar, los que marcan el estado y la variacion que sufrió la milicia; es decir, aquel en que estaba sometida y adicta al senado y al pueblo romano; y aquel otro, en que solo reconocia á sus generales y tomaba interés por ellos; aquel en que les elevaba al poder absoluto bajo el título militar de emperadores; y aquel otro, en que, señora en algun modo de sus propios emperadores, los nombraba y los destituía á su capricho. De esto nació la relajacion; procedieron las sediciones y las guerras que hemos leido; y resultó en fin, la ruina de la milicia y la del imperio.

Tales son los tiempos notables que nos marcan las mudanzas del estado de Roma considerada en sí misma. Los que nos la hacen conocer con relacion á los demas pueblos no son menos fáciles de discernir.

Hubo tiempo, en que combatió contra sus iguales, y en que estuvo en peligro. Duró un poco mas de 500 años, y acabó con la ruina de los galos en Italia, y del imperio de los cartagineses.

Otro tiempo hubo, en que siendo mas fuerte y poderosa combatió sin peligro, por grandes que fuesen las guerras que emprendió. Este tiempo duró 200 años, y llegó hasta el establecimiento del imperio de los Césares.

Hubo otro, en que conservó su imperio y magestad. Duró 400 años, y acabó en el reinado del gran Teodosio.

Y hubo, en fin, otro en que su imperio, invadido por todas partes, fue decayendo poco á poco. Este estado, que duró tambien 400 años, empezó en tiempo de los hijos de Teodosio, y acabó en los de Carlo-Magno.

No ignoro que podrian añadirse á las causas de la ruina de Roma otros muchos incidentes particulares. El rigor con que los acreedores perseguian á sus deudores escitó grandes y frecuentes revueltas. El prodigioso número de gladiadores y de esclavos que habia en Roma y en la Italia fue causa de grandes violencias y de sangrientas guerras. Roma, aniquilada por tantas guerras civiles y extranjeras, acreció tanto en número de nuevos ciudadanos, ya por intriga ó por razon, que apenas podia ella reconocerse á sí misma entre tantos extranjeros

como habia naturalizado. El senado iba llenándose de bárbaros. Las familias romanas degeneraron de lo que eran con los enlaces que contrajeron con las extranjeras; el amor á la patria, por el que Roma se habia hecho superior á todos los pueblos del mundo, dejó de ser natural en los ciudadanos que se naturalizaron, al mismo tiempo que se resfrió mucho en los nacidos de los enlaces de los romanos con los extranjeros. Con esta inmensa multitud de nuevos ciudadanos multiplicáronse las parcialidades; y los espíritus turbulentos encontraban en ellos nuevos medios para intrigar, fomentar la discordia, y ponerlo todo en desórden y confusion.

El número de los pobres fuese aumentando sin fin por el lujo, por los escesivos y licenciosos gastos, y por la holgazanería que se introdujo. Los que se arruinaban no encontraban otro recurso para reparar sus pérdidas mas que promover sediciones, y, en todo caso, se curaban muy poco de que todo se arruinase viéndose ellos perdidos. Demasiado sabida es la causa de la conjuracion de Catilina. Los ambiciosos y los miserables que nada tienen que perder viven de los trastornos. Estas dos clases de ciudadanos eran las que prevalecian en Roma; y el estado medio, que es el solo que tiene la balanza en los estados populares, careciendo, como carecia, de fuerza, por ser el mas débil, era necesario que la república cayese.

Puede unirse tambien á esto el carácter y genio particular de los que causaron los grandes movimientos, es decir, de los Gracos, de Mario, de Sila, de Pompeyo, de Julio César, de Antonio, y de Augusto. Creo haber hecho observar las principales causas; pero me he limitado principalmente á descubrir las causas universales y la verdadera raiz del mal, es decir, los celos y rivalidades entre los dos órdenes, cuyas consecuencias todas es tan importante considerar.